



# Misión Parche

Mónica Rodríguez

*Ilustraciones:*  
Mónica Carretero



ANAYA

# 1

## Ron, ron, ron...



Hacía sol, pero el viento soplaba una barbaridad, así que cuando cayó de las alturas la bolita de papel, no fue directa al cogote de Candela sino que se extravió en la puntera de su zapato.

—¡Anda! —se dijo Candela, festiva—. ¡Alguien quiere jugar conmigo al fútbol!

La superagente miró a su alrededor. No había nadie. Solo un hombre más bien retinto silbaba en una esquina, inspeccionando la pared con gran interés. No parecía querer jugar al fútbol.

—¿Será, entonces, una nueva misión que me cae de las alturas?

Una hilera de hormigas le subió por la barri-  
ga a Candela. Y no era para menos. ¡Aquel  
papel, sin duda, era un «papel-misión»! La  
superespía enarcó las cejas y sonrió de lado,  
pensando en las aventuras que le depararía  
aquella nueva misiva. Estiró la bolita de papel  
y leyó con detenimiento:

«Resolver el misterio de Barbanegra, el pira-  
ta: ha perdido —¡ojo al parche!— las ganas de  
dar la lata».

¡El pirata Barbanegra! ¡El más feroz filibuste-  
ro de los siete mares! Al menos del mar Caribe  
y la costa este de América del norte, y ahí van,  
por lo menos, un mar y un océano, que no es  
poco.

Candela, cavila que te cavila, emprendió la  
marcha en grandes y desgarradas zancadas.  
Muy animosa llegó hasta la casa de un vecino,  
conocido por sus aficiones acuáticas en la pis-  
cina del barrio. Candela saludó muy diploma-  
cia al señor y le recomendó:

—Debería usted revisar las tuberías y pasadizos secretos de su casa, no vaya ser que se le cuele una alimaña por ahí; por ejemplo, un caimán con anteojos, un caimán enano o un caimán negro, que son tres clases de caimán, como usted habrá adivinado inmediatamente.

Hizo una pausa para que sus palabras revolotearan en el ánimo del vecino y añadió, resuelta:

—Está bien, me ha convencido, ya las inspecciono yo.

Se adentró en la casa y al rato salió hecha un brazo de mar: que si gorra marinera, que si camisa a rayas, que si flotador, que si bermudas... Eso sí, con gabardina y gafas de sol.

¡A Candela no había quién la reconociera! De hecho, el propio vecino, viendo salir a la flaca marinera de su casa, la saludó con cortesía, pensando que ya se le había colado un ser sobresaliente por los pasadizos. Y sintió, todo sea dicho, ternura por aquella mujer tan larguirucha que le estaba inspeccionando las tu-





berías y que no acababa de salir de su casa. Al rato, el vecino fue a buscarla y se encontró con una nota pegada con caramelo en la puerta del guardarropa: «Alta misión. Disculpen las molestias». Y al vecino se le subieron los colores hasta el gollete pensando que la superespía Candela había estado en su casa. Y es que no había duda, aquella letra, menuda y ordenada, era de la superagente. Además, un poco más abajo, firmaba «Candela», lo que ayudaba bastante a descubrir su identidad.

Con los mocos a medio colgar y las lágrimas abundantes, salió a contarlo al vecindario. Allí, aquel señor enjuto y mal-

carado que tanto empeño ponía en el estudio del gotelé, sonrió al oír la noticia. Su sonrisa fue de las más perversas que habrían de ver aquellos buenos parroquianos.

Luego, el señor achaparrado se alejó cantando con un marcado acento galés.

Entonaba: «Ron, ron, ron, la botella de ron...».

La voz le salía como un gargajo; y, aún así, sonreía con mucha maldad. En su puño ocultaba el mismísimo «papel-misión» que Candela había arrojado a una papelera.

